

agosto, destacó sus patrullas de Vitry hacia Chalóns. En las aldeas no se encontró huella alguna de fuerzas enemigas; se aseguraba que Chalóns había sido evacuada por los franceses; y de ciertos rumores recogidos de labios de los aldeanos resultaba que el mismo campamento sólo estaba ocupado por los guardias móviles. A estos mensajes de los exploradores añadióse muy pronto una noticia singular, la de que Napoleón había llegado á Reims. En esto, interceptóse una carta escrita por uno de los jefes del ejército de Metz, en la que su autor, formulando, según decía, la opinión de todos sus compañeros de armas, manifestaba la esperanza, casi la certeza, de que no le faltaría á Bazaine el concurso de Mac-Mahón.

Ordenóse á la caballería que redoblara la vigilancia. El 24, los dragones renanos entraron en Chalóns, desde donde destacaron medio escuadrón hasta Mourmelón: aquellos lugares estaban desiertos y en varios sitios se veían vestigios de los incendios que habían consumido todo lo que los franceses no pudieron llevarse; mas no todo había sido destruido, pues en el lugar que ocupara el campamento habían quedado grandes cañones sin cureñas, un millar de tiendas de campaña y algunas provisiones (1). Los dragones se apresuraron á comunicar lo que habían visto.

El rey, con el gran cuartel general, habíase trasladado el 23 desde Pont-a-Moussón á Commercy y el 24 avanzó hasta Bar-le-Duc, deteniéndose en Ligny, en donde estaba el príncipe real y en donde se celebró consejo. Uno de los asistentes, el cuartel maestro general Podbielski, fué el primero en emitir la opinión de que tal vez los franceses, al salir de Reims, intentarían acudir en socorro de Bazaine, por lo cual juzgaba prudente que el ejército alemán se estrechara en su derecha; pero aunque las anteriores informaciones hubiesen excitado ciertas sospechas, aquella moción tuvo poco éxito, pues demasiado conocidos eran los precarios recursos de Francia para creer en una determinación tan atrevida. Además, nadie se figuraba que Mac-Mahón renunciara á socorrer á la capital, y por último se consideraba que la marcha sobre Reims no demostraba nada, ya que esa población distaba más de Metz que Chalóns misma.

El 25 de agosto, el general de Roon escribía: «Un ejército francés que ha abandonado Chalóns se ha retirado á Reims; pero no estará allí mucho tiempo, siendo muy verosímil que se retire á París. ¿Qué sucederá en este caso? Una batalla en las inmediaciones de la capital, después de la cual los franceses vencidos podrán siempre ponerse bajo la protección de sus fortificaciones (2).» En el entretanto, había llegado al gran cuartel general un despacho de París recibido por la vía de Londres, en el que se decía que Mac-Mahón trataba de operar su unión con Bazaine (3). En vista de este informe, mucho más grave y mucho más positivo, resolvióse apoyar un poco más hacia el Noroeste, es decir, hacia Reims, y en este sentido se expidió una orden desde Bar-le-Duc, á las once de la mañana. Esta ligera

(1) *La guerre franco-allemande*, redactada por la sección histórica del estado mayor prusiano, tomo II, pág. 923.

(2) *Denkwürdigkeiten aus dem Leben des General Grafen von Roon*, tomo III, pág. 197.

(3) *La guerre franco-allemande*, tomo II, pág. 930.

desviación no significaba abandono del plan general, porque, á pesar de los múltiples indicios, aquella marcha hacia Metz parecía tan sorprendente y tan atrevida, que se vacilaba en darle crédito. Moltke, aunque muy sobre aviso, todavía vacilaba y pasó el resto del día rehaciendo sus cálculos, revisando sus mapas y sobre todo redactando órdenes hipotéticas que se confirmarían, modificarían ó destruirían según lo que dijeran los mensajes ulteriores.

Por la noche todo se aclaró: nuevos informes permitieron presentir un movimiento de las tropas francesas sobre Vouziers; además llegaron al cuartel general varios periódicos franceses y belgas que proclamaban como una obligación de honor el libertar á Bazaine; y finalmente un telegrama de Londres anunció, tomando la noticia de *Le Temps*, que Mac-Mahón se había decidido repentinamente á dirigirse hacia Metz.

IV

Aquel momento fué para los alemanes uno de los más memorables de la campaña. El verdadero carácter de las grandes combinaciones militares consiste en que no tienen nada de absolutas, sino que se adaptan, según las circunstancias, á todas las variaciones que los propósitos del adversario exigen. Moltke, el hombre de la meditación concentrada é intensa, se reveló capitán de concepción rápida del mismo modo que hasta entonces se había mostrado genio obstinado y paciente, y en una noche cambió todo lo que había preparado.

Hasta entonces, el objetivo único era París; pero desde aquel instante se adoptó una vasta conversión que había de llevar hacia su derecha todas las masas alemanas, y después de un consejo con el rey, se tomaron las convenientes resoluciones. El movimiento empezaría por el ejército del Mosa: el XII.º cuerpo, orientándose hacia el Norte, se inclinaría á Varennes; la Guardia y el IV.º cuerpo seguirían una dirección análoga; y los bávaros, situados en el ala derecha del III.º ejército, estarían dispuestos á marchar por el mismo camino. Durante la noche, el teniente coronel Verdy du Vernois partió de Bar-le-Duc para conferenciar en Clermont-en-Argonne con el príncipe de Sajonia é iniciarle en las intenciones del gran cuartel general. Las órdenes habían de ser ejecutadas ateniéndose á su sentido más estricto, á no ser que datos positivos contradijesen la exactitud de los recientes informes.

Los partes del día siguiente, lejos de desmentir los de la víspera, acabaron de disipar las dudas. En la madrugada del 26, la caballería del XII.º cuerpo, destacada delante de Varennes, se encontró á pocos kilómetros de Grand-Pré con las patrullas francesas, y algo más tarde, algunos húsares alemanes que habían sido hechos prisioneros y habían logrado escapar, pudieron referir detalladamente lo que habían visto. A las cuatro de la tarde, el jefe de un reconocimiento comunicaba al gran cuartel general la siguiente noticia: «El enemigo desfila en este momento al Norte de Grand-Pré; se ve infantería, caballería y hasta vehículos, pero no se puede distinguir si éstos son artillería.» Al anochecer, un oficial prusiano desde las alturas situadas al Norte de Savigny, pudo observar algunos campamentos franceses al Este de Vouziers, y añadía en su parte: «Los habitantes dicen

que debe haber en las inmediaciones 140.000 hombres y que Mac-Mahón debe estar en Attigny.»

Algunos de estos informes llegaron con retraso al gran cuartel general; pero al mediodía Moltke se consideró bastante enterado para completar las prescripciones de la víspera. El XII.º cuerpo llegaba ya á Varennes, la Guardia á Dombasle, y el IV.º cuerpo á Fleury; y los bávaros, que desde la mañana esperaban la confirmación de las órdenes de marcha, pusieron en movimiento por la tarde, llegando los del I.º cuerpo á Erize-la-Petite y los del II.º á Triancourt. Más al Sur, el resto del III.º ejército (wurtembergueses y prusianos del V.º y del XI.º cuerpos) abandonó el valle del Marne y las orillas del Ornain. Todas estas fuerzas remontaron hacia el Norte y únicamente el VI.º cuerpo se quedó algo atrás. La caballería, diseminada por todos lados, hacia de exploradora de las columnas: húsares, hulanos y dragones, extendiéndose desde el Mosa hasta el Vesle, registraban al Oeste los confines de la llanura champañesa y al Norte practicaban ya reconocimientos en todas las cordilleras del Argonne.

Era preciso señalar una nueva dirección á los convoyes, penetrar en una región en donde nada se había preparado para las tropas, avanzar entre poblaciones hostiles y en un país á propósito para las emboscadas; pero la previsión del mando supremo se dedicó á reducir á sus menores proporciones los desórdenes inevitables en cambios tan repentinos como aquel. Un sistema de requisas regular é implacable había de asegurar á los agresores la subsistencia y el alojamiento; y en cuanto á la hostilidad de los habitantes, el terror la paralizaría: «Los tiradores de los cuerpos francos ó franco-tiradores, escribía Moltke, no son soldados, sino que están sujetos á las leyes de la guerra y tienen pena de muerte (1).» Además, por un refinamiento de habilidad cruel, los municipios fueron declarados responsables de todo acto de resistencia cometido en su territorio, con lo cual los invasores habían de obtener la sumisión de aquellos mismos cuyos hogares violaban.

El nuevo plan de Moltke no estaba ultimado tan definitivamente que no pudiera sufrir notables alteraciones según que los franceses retardaran ó apresuraran su movimiento ó intentaran rehuir todo encuentro. Confíase en que el ejército del príncipe de Sajonia detendría á los soldados de Mac-Mahón en su marcha hacia el Este, mientras el del Príncipe real, avanzando á marchas forzadas hacia el Norte, los atacaría de flanco y por retaguardia; de esta manera la operación envolvente prepararía la completa destrucción. Mas esto no pasaba de una esperanza. ¿En qué punto de su camino se alcanzaría al adversario? Si éste se mostraba activo, podría adelantarse á los alemanes en el paso del Mosa y escapar de esta suerte al III.º ejército, y esta suposición indujo á Moltke á preparar un socorro eventual al príncipe de Sajonia, para lo cual ordenó el día 26 al príncipe Federico Carlos que destacara del ejército de sitio dos cuerpos y los enviara á Damvillers; una vez allí, sólo distarían unas pocas leguas del Mosa y podrían, en caso de librarse una batalla en la orilla derecha, intervenir á tiempo para decidir la victoria.

(1) *Correspondence militaire de M. de Moltke*, tomo III, página 307.

El movimiento comenzado el 26 prosiguió el 27 y sin que la pérdida de una sola hora disminuyera las probabilidades de éxito de la operación. El XII.º cuerpo llegó hasta el Mosa, ocupando el grueso del mismo Dun y la vanguardia Stenay. Los alemanes eran, por consiguiente, dueños del paso principal del río, y el temor de verse adelantados por los franceses se desvaneció de tal manera que se revocó la orden dada al príncipe Federico Carlos. La Guardia ocupó Montfaucón; el IV.º cuerpo se extendió al Oeste de Verdún; los bávaros se instalaron parte en Dombasle y parte en Nisceville; y el V.º cuerpo se situó á orillas del Aisne, en Sainte-Menehould, mientras el resto del III.º ejército se quedaba algo atrás. Sin embargo, los atrevidos exploradores alemanes llegaban hasta Vouziers, Sommauthe y Grand-Pre. Aquel mismo día 27 se trabó en Bouzancy un combate entre la caballería sajona y la del general de Faily.

V

De modo que al cabo de tres semanas de una retirada que no sabía en dónde debía cesar, y de una persecución que no sabía en dónde había de coger al adversario, los vencedores y los vencidos de Froeschwiller iban á encontrarse de nuevo frente á frente. En el drama de la guerra, Froeschwiller y Forbach habían sido el primer acto, es decir, el paso de la frontera y la violación de la patria; el segundo se había desarrollado en torno de Metz, en los días 14, 16 y 18 de agosto, habiendo sido el premio de la victoria el encierro de Bazaine en aquella plaza. Ahora llegamos al acto tercero.

En vísperas de batalla, parece como que se cierne en el aire una solemnidad trágica, y cuando de la suerte de las armas depende la decadencia ó la supremacía de dos grandes pueblos, una emoción ateradora suspende todos los pensamientos hasta que se ha consumado el juicio de Dios. En el caso presente, la ansiedad estaba mezclada con cierto desaliento, ¡tan desiguales parecían las probabilidades, aun antes de empeñar la partida!

Los dos ejércitos alemanes reunían, entre infantes y jinetes, un efectivo de 225.000 soldados, siendo esta cifra no el total de los racioneros, sino el de los combatientes: Mac-Mahón, en cambio, sólo tenía poco más de 120.000; el adversario disponía de 813 piezas de artillería: nosotros, de unos 470 cañones y ametralladoras; la caballería enemiga contaba 36.000 caballos: la nuestra, inferior en más de la mitad, lo era más todavía desde el punto de vista de la instrucción y sólo demostraría lo que era cuando llegase el momento de morir. Pacientes pruebas y un ensayo perpetuo de la guerra habían asegurado en las filas alemanas la regularidad de todos los servicios administrativos; entre nosotros, por el contrario, una incuria general había, desde un principio, engendrado el desorden; la derrota había aumentado la confusión, y acumulándose todas estas perturbaciones, sucedía que el mando supremo con sus variaciones desconcertaba todos los cálculos de la intención, y ésta, á su vez, con sus retardos, paralizaba todos los proyectos de aquél. Todo favorecía al enemigo, aun aquello que hubiera debido perjudicarlo: en efecto, encontrándose como se encontraba en territorio ajeno, no respetaba nada y, para completar sus recursos, el

terror había de ayudarlo más á él que á nosotros el patriotismo y el afecto.

Pero la gran inferioridad estaba arriba: los alemanes tenían al rey y á Moltke; los franceses á Napoleón III y á Mac-Mahón.

Ya hemos visto al emperador fracasando en el campamento de Chalóns y retirándose luego desde este punto á Reims; el soberano recorría las filas del ejército observándolo vagamente todo, pero sin dirigir nada. El infortunio, precipitando los años, había impreso en él los estigmas de la vejez: su semblante engruesado y pálido, sus ojos apagados, sus cabellos muy largos y encanecidos y su resignación taciturna y abatida, causaban en quien lo veía la impresión de un destino que tocaba á su fin y que desesperaba de sí mismo. Los cien guardias resplandecientes y los dorados carruajes imperiales arrojaban un brillo falso y desconsolador en la noche de aquella miseria. Por el camino todavía algunos aldeanos gritaban «¡Viva el emperador!» por costumbre, por superstición del nombre, por bondad de corazón; pero luego, contemplando al padre y al hijo, murmuraban entre ellos: «Este es demasiado joven y aquél demasiado viejo.» Estos sentimientos compasivos no eran los del ejército: cuando los soldados veían pasar al emperador, con los ojos medio cerrados y como absorto en un ensueño, tomaban por indiferencia lo que no era sino exceso de infortunio; cuando, durante el día, los coches ó los bagajes del monarca se intercaban en las columnas y prolongaban sus detenciones, y durante la noche brillaban los fuegos de las cocinas imperiales cerca de los vivaques en donde reinaba el hambre, todas las groseras pasiones que la envidia desata se agitaban en los corazones agriados y no faltaban oficiales que dijeran: «Arrastramos nuestra cadena de oro,» aludiendo al emperador. Este, que ya no personificaba la victoria, que tampoco personificaba la tradición, que en rigor puede sin la victoria subsistir, que se había desprendido del papel de general y que estaba demasiado enfermo para desempeñar el de soldado, no era sino un estorbo para el ejército como lo habría sido en la corte. Y esto él lo sabía, pues si rompía el silencio era para expresarse con perspicacia desilusionada para juzgar de su propia suerte con la imparcialidad con que habría juzgado la de otro. Sus opiniones, que se guardaba de imponer y que, al contrario, formulaba con una discreción casi tímida, eran generalmente acertadas; porque aquel hombre, en quien todo eran contrastes, proporcionaba todas las sorpresas, así la de las resoluciones menos razonables como la de las palabras más juiciosas. De cuando en cuando se interrumpía y de pronto contraíanse sus facciones bajo la acción del dolor; aquello era indicio de las crisis pasajeras, pero frecuentes, que torturaban su cuerpo y completaban sus tormentos morales. Pasado el acceso, quedaba sumido en una especie de somnolencia, como hombre cuyo solo alivio fuese embotar con la facultad de pensar la facultad de sufrir. «¡Ah, si pudiese morir!» decía un día á uno de sus ayudantes, el general de la Moskowa. Al soberano vencido habíale quedado hasta entonces un consuelo, su hijo; pero una previsora solicitud estimó conveniente evitar la vista de las pruebas supremas al joven príncipe, el cual se separó del ejército en Tourterón, siendo enviado á toda

costa á Mezieres. No de otro modo se aleja á los niños del lecho de los moribundos cuando entran éstos en la agonía.

A Mac-Mahón causábale tanto tormento serlo todo como al emperador no ser nada: era de esos militares que son dignos de subir muy alto, pero á condición de obedecer todavía. Por instinto aspiraba á tener un jefe, y no encontrando á nadie superior á él, y cruelmente torturado en medio de su grandeza, complaciase en buscar en los despachos de París algo que le guiara en sus incertidumbres; y cuando se había penetrado de ellos, sus perplejidades se exacerbaban hasta constituir para él un suplicio, porque en estas condiciones la subordinación le parecía aún más peligrosa que la independencia. A falta de genio tenía la experiencia de la guerra, cuando menos de la guerra que se había practicado hasta entonces, y estimaba sus tropas y se estimaba á sí mismo en lo que realmente valían. Así es que, después de haber deseado los consejos, se espantaba de todo lo que referente á él se decidía; sin embargo, este sentimiento era fugaz, y vencido de nuevo por su carácter, volvía á caer de buen ó mal grado en la obediencia, pero en una obediencia sin convicción y sin fe, y de aquí una ejecución tímida, vacilante en una empresa que cabalmente requería más que nada el firme propósito de arriesgarlo todo. El día 26 de agosto, y aun el 27, los dos ejércitos del príncipe real y del príncipe de Sajonia, á pesar de sus esfuerzos por estrecharse, extendíanse en una línea de más de cien kilómetros que se prolongaba desde las inmediaciones de Vitry hasta Stenay. Todavía habían de transcurrir veinticuatro horas y tal vez cuarenta y ocho, antes de que los cuerpos estuviesen bastante cerca unos de otros para apoyarse mutuamente; y esas veinticuatro, esas cuarenta y ocho horas representaban á los ojos de Palikao la última tregua que ofrecía la fortuna, la última probabilidad de caer sobre el enemigo dividido. La probabilidad existía, mas para aprovecharla habría sido preciso todo lo que Mac-Mahón no tenía ni tendría jamás. Palikao, estratégico desde lejos, quería ignorar todas las impotencias y todas las deficiencias; pero el mariscal, que no podía acostumbrarse á ser el intérprete de sus propios pensamientos, había de obedecer mal, porque había de aportar todos los retoques de la prudencia á un plan que sólo el exceso de audacia podía hacer bueno, y por consiguiente, debía suceder que, habiendo abdicado de sus puntos de vista personales, debilitaría hasta falsearlos los del ministro de la Guerra. En el entretanto, el enemigo, tan resuelto como perplejos nosotros, tan rápido como nosotros lentos, levantaría sus largos anillos hasta nosotros, los desarrollaría primero hacia el Este y luego hacia el Oeste, y nos cerraría uno tras otro todos los caminos, comenzando por los que debían conducirnos hacia Bazaine y acabando por los que nos habrían permitido dirigirnos hacia París.

Como la obediencia es según sea el mando, ante las vacilaciones de la dirección no había oficial ni sargento que no se creyera más ó menos general. Y no era que se hubiesen extinguido las antiguas virtudes militares; cuando por la mañana, después de un descanso reparador, sonaba el toque de diana, los soldados cogían alegremente las armas, y si el sol se alzaba sobre un

horizonte claro y puro, si circulaba entre las tropas alguna buena noticia, aunque fuese vaga, no se necesitaba más para reanimar las esperanzas. Entonces el ejército emprendía la marcha con paso vivo, y los mismos hombres que la víspera se habían acostado rendidos de fatiga, recobraban sus alientos con toda la hermosa elasticidad de la raza francesa. Pero, á medida que el día avanzaba, se reproducían los contratiempos ordinarios, tales como cruzamientos de columnas, filas interminables de bagajes, largos rodeos para volver al punto de partida; por otra parte, había los desfiladeros y los bosques que parecían llenos de emboscadas, y había el enemigo á quien se presentía en todas partes sin poder descubrirlo en ninguna; y, por último, uníanse á todas estas molestias las intemperies de un año excepcionalmente húmedo que hacían que una marcha, aun comenzada con sol, rara vez terminara sin lluvia, y que á la caída de la tarde los soldados, mal provistos de efectos de repuesto, se instalaran penosamente en los vivaques. Las distribuciones de viveres, que habrían reparado las fuerzas, eran á menudo incompletas ó tardías y á veces faltaban en absoluto, y entonces renacía el desaliento que se manifestaba en imprecaciones sin fin, ora violentas, ora casi tímidas contra Dios, contra los jefes, contra los elementos, contra el destino. En muchos, el exceso de miseria alojaba poco á poco el resorte moral, y como los demás estaban sumidos en una indiferencia sombría ó burlona, la principal preocupación no era el deber, ni el triunfo, ni la patria, sino una buena comida sin alarma ó una noche en una verdadera cama. En aquellos momentos se insinuaban los consejos cobardes ó perversos, pues en el ejército de Chalóns no faltaban influencias disolventes: en efecto, había en él los reservistas y los veteranos que, habiéndose creído completamente libres, consideraban iniciado el nuevo llamamiento; había los hombres del reemplazo de 1869 llegados precisamente al día siguiente de la derrota, aturdidos de todo lo que veían y dispuestos á temerle todo y á acusar á todos; y había, por último, los contingentes de las grandes ciudades impregnados de la propaganda demagógica. Entonces se vieron madurar, casi bajo el fuego del enemigo, los detestables frutos de las reuniones públicas: todo lo que había sido leído ó oído, todo lo que más ó menos inconscientemente se había acumulado en los cerebros revivía bajo la sobreexcitación de los reveses, de las privaciones y de las fatigas; los que creían inventar no hacían más que recordar; las insinuaciones y las acusaciones en todo hacían presa, en la incapacidad de los jefes, en la incuria de los intendentes, en la contradicción de las órdenes, en los bagajes inútiles, en los vestigios de lujo ó de abundancia que eran un insulto á la universal penuria; y la derrota se explicaba por la traición, faltando poco para que se pronunciaran los nombres de los traidores y aun el precio que habían cobrado. Lo peor era que las imputaciones no eran del todo falsas, pues ciertos generales no estaban á la altura de sus cargos, mostrábanse indiferentes con sus soldados y sólo se ocupaban de su bienestar ó de hacer la corte; de modo que en medio del cúmulo de calumnias no dejaba de haber su poco de verdad. Aun entre los veteranos había algunos que no sólo toleraban aquel lenguaje, sino que lo escuchaban; por fortuna aquellas

murmuraciones no hacían mella en su ánimo, y en resumidas cuentas los elementos buenos todavía contenían á los malos, como había de patentizarse en el primer encuentro con el enemigo.

Mac-Mahón había instalado en 27 de agosto su cuartel general en el Chesne. Cada hora que pasaba exacerbaba sus incertidumbres: si precipitaba su marcha, se exponía á dejar atrás sus cuerpos poco entusiasmados; si la retardaba, dejaba perder todas sus probabilidades. ¿Bazaine había abandonado Metz? ¿Estaba, á lo menos, dispuesto á alejarse de aquella plaza? Nada se sabía respecto de este particular. Ducrot le había enviado desde Attigny un emisario (1), y desde Sainte-Menehould, desde Voncq y desde Tannay, el general Margueritte había intentado hacer llegar hasta él algunos billetes escritos en árabe (2); pero ¿llegarían á sus manos los mensajes que anunciaban el socorro? El general Ducrot, testigo de las perplejidades de su jefe, escribía: «Nuestro pobre mariscal pierde la cabeza pensando en esto (3).» En esta incertidumbre, quedaba á Mac-Mahón la esperanza de que los prusianos no hubiesen adivinado el secreto de su marcha, en cual caso encontraría en su camino el IV.º ejército, pero no el III.º, el vencedor de Froeschwiller, que por el valle del Marne debía encaminarse hacia París. El 27, estando el mariscal en el Chesne, recibió ciertos avisos de buena fuente que destruyeron por completo aquella ilusión, pues por ellos supo no sólo que el príncipe de Sajonia remontaba el Mosa, sino además que el príncipe real, desviándose de su dirección primitiva, estrechaba sus columnas hacia el Norte y avanzaba por las márgenes del Aisne.

Mac-Mahón sintió redoblarse su angustia y un gran temor se apoderó de él, el de encontrarse atajado por el lado de Metz y al mismo tiempo por el de París; y, sin embargo de esto, repugnaba á su lealtad abandonar á Bazaine. Pero una noticia que confirmaba y ampliaba las anteriores desvaneció aquel escrúpulo: un mensaje muy positivo, que procedía de una de las personas más respetables de Sedán, el Sr. de Montagnac, le aseguró que el día 25 de agosto Bazaine estaba aún en Metz (4).

Los acontecimientos, más fuertes que todas las obsesiones de la obediencia, conspiraban contra el plan de Palikao. De continuar su marcha hacia el Este exponíase Mac-Mahón á ver interceptados todos los caminos. Si el ejército de Bazaine con todas sus fuerzas no había podido salir de Metz, ¿cómo el ejército de Chalóns, mucho menos sólido, podría romper el cerco y juntarse con él? En el mariscal pudo más la perspicacia que la sumisión, y habiendo consultado al emperador, éste le aconsejó que interrumpiera su movimiento ofensivo y que emprendiera la retirada hacia el Nordeste: «No podemos sacrificar el último ejército de Francia,» dijo aquel mismo día á sus familiares (5).

(1) *Procès Bazaine*, declaración de Lagosse, alcalde de Montgon (audiencia del 30 de octubre de 1873).

(2) *Procès Bazaine*, declaración de Henderson (audiencia del 31 de octubre de 1873).

(3) *Papiers et correspondance du general Ducrot*, tomo II, página 389.

(4) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración del mariscal Mac-Mahón, pág. 32.

(5) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Mac-Mahón, página 29.—Felipe de Massa, *Souvenirs*, págs. 307-308.

Siendo urgente prevenir á Bazaine, el día 27, á las 3 y 25 de la tarde, se le expidió el siguiente despacho: «El mariscal Mac-Mahón previene al mariscal Bazaine que la llegada del príncipe real á Chalóns le obliga á emprender el 28 la retirada hacia Meziers, á menos de saber que ha comenzado el movimiento de retirada del mariscal Bazaine.» Este mensaje fué transmitido al comandante superior de Sedán con orden de que nada omitiera para que llegase á Metz (1). Faltaba comunicar á Palikao lo que ocurría; al efecto dirigióse á las ocho un largo telegrama en el que el comandante en jefe justificaba la retirada de las tropas francesas por la concentración de las fuerzas alemanas, añadiendo que esta retirada se efectuaría por Meziers, desde donde continuaría, según fuesen las circunstancias, hacia el Oeste (2). Cuando Mac-Mahón acababa de dictar aquel despacho al coronel Stoffel, el general Faure, su jefe de estado mayor, le dijo: «Señor mariscal, ¿no sería más oportuno no enviar el telegrama hasta mañana, cuando ya estuvieseis camino de Meziers? De lo contrario volverán á apremiaros desde París.» Ante esta sagaz observación, Mac-Mahón quedóse un momento indeciso y volvió á leer el mensaje; pero al fin, desoyendo aquella indicación, reiteró la orden de que se expidiera el despacho, el cual á las ocho y media de la noche circulaba ya por los hilos telegráficos (3).

Durante la tarde y las primeras horas de la noche expidieron las órdenes necesarias para que el ejército se dirigiera hacia el Noroeste: el 1.º y el 12.º cuerpos debían encaminarse á Vendresse, el 5.º á Poix y el 7.º á Chagny; de este modo se aproximarían á Meziers y á la red de vías férreas que les permitirían llegar á París ó á las plazas fuertes del Norte, según lo aconsejaran las circunstancias. El ejército emprendía la retirada que constituía la suprema probabilidad de salvación.

VI

¿Por qué razones este plan salvador fué abandonado inmediatamente después de haber sido adoptado? Sólo las disposiciones que imperaban en las esferas gubernamentales pueden explicar este nuevo y extraordinario cambio.

La inteligencia tiene, como el corazón, sus pasiones y para Palikao el socorrer á Bazaine era no un proyecto, sino una obsesión: «Es el único medio de repararlo todo,» decía á uno de sus colaboradores, el general Susane (4). Dominado por esta idea fija, torturaba todas las informaciones hasta encontrar en ellas lo que en ellas quería ver, y con los ojos fijos en el mapa y el compás en la mano, calculaba las distancias con una exactitud que él creía infalible y que era engañadora porque omitía esa parte de imprevisto que los verdaderos capitanes no descuidan nunca. Una imperiosa y temeraria idea preconcebida suprimía todas las fuerzas que pudieran estorbar, y cuando la falsa lógica había terminado estos cálculos, la imaginación los cogía por su cuenta y los revestía de ensueños. Palikao veía ya á Mac-Mahón cru-

(1) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 428.

(2) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 429.

(3) *La dépêche du 20 août 1870*, por el coronel Stoffel, páginas 83-84.

(4) General Thoumas, *Paris, Tours, Bordeaux*, pág. 29.

zando el Mosa y atacando al príncipe de Sajonia; Bazaine oiría seguramente los cañonazos y, saliendo de sus campamentos, derrotaría al príncipe Federico Carlos; y una vez unidos Mac-Mahón y Bazaine, el primero aportaría el número y el segundo los cuadros. Entonces quedaría solamente un ejército enemigo, el del príncipe real, pero muy aventurado en el interior y expuesto á todos los ataques. Completamente dominado por estas ilusiones, Palikao esperaba con impaciencia los despachos, irritábase con los retardos, no comprendía los cambios de itinerario y se exasperaba porque las tropas no avanzaban; y como todos los espíritus sistemáticos, en vez de abrir los ojos á la razón ante los retrasos y los obstáculos, encontraba en las dificultades mismas nuevos motivos para persistir en su obstinación, y acusaba nerviosamente á los hombres, á los servicios administrativos, á los elementos y sobre todo á Mac-Mahón, á quien censuraba por su tibieza y por la decadencia de su antiguo valor. Dadas esta impaciencia y esta sobreexcitación, ¡cuán terrible había de ser la explosión de ira, cuán violenta la protesta, si de pronto llegara un despacho anunciando el abandono de Bazaine, el aborto del plan, el regreso á París!

Y lo peor era que aquella voluntad temeraria y arrebatada, lejos de verse contenida por consejos moderadores, había de encontrar casi en todas partes espíritus cómplices ó dispuestos á ceder.

Entre los cómplices, el que ocupaba el puesto más elevado era la regente. La retirada á París implicaba el regreso del emperador, y la emperatriz consideraba este regreso como un golpe mortal para la dinastía; temía, además, que la opinión pública no perdonase el abandono de Bazaine; y finalmente, por un sentimiento de generosa delicadeza, abrigaba el temor de que el pueblo parisiense, al ver que todas las fuerzas afluían á la capital, atribuyese esta concentración no tanto al cuidado de la defensa como á la solicitud por el trono.

Los ministros eran presa de grandes inquietudes. Una de las personas que recogieron sus más íntimas confidencias ha escrito: «Los días 24, 25 y 26 de agosto fueron días de terrible ansiedad (5).» Cuando más crueles eran las angustias, Palikao afirmaba que, á pesar del tiempo perdido, Mac-Mahón y Bazaine se unirían y que el ejército de Chalóns conservaba una delantera sobre el enemigo, añadiendo que tenía espías cuyos informes no le engañaban (6). Este lenguaje tan perentorio imponía si no la convicción, el silencio; por otra parte, la mayoría de los ministros estaban hartos ocupados con las atribuciones especiales de sus respectivos departamentos para entretenerse en formular preguntas. El señor Magne atendía al empréstito; el Sr. de la Tour d'Auvergne, recientemente llegado de Viena, se dedicaba á conservarnos las pocas amistades que nos quedaban; el Sr. Chevreau, ministro del Interior, se consagraba con la más laudable actividad á la organización de la guardia móvil; y el Sr. Duvernois, ministro de Comercio, apresuraba con extremado celo el abastecimiento de París para el caso de un sitio. Atentos á estos cuidados diversos, los consejeros de la regencia confia-

(5) *Le Ministère de l'Intérieur, du 11 août au 4 septembre*, relato inédito de León Chevreau.

(6) *Le Ministère de l'Intérieur, du 11 août au 4 septembre*, relato inédito de León Chevreau.

ban en Palikao del mismo modo que sus predecesores habían confiado seis semanas antes en Lebœuf; sólo uno, el barón Jerónimo David, se mostraba, si mis informes son exactos, completamente incrédulo, y aunque absolutamente adicto al imperio autoritario y á la emperatriz, no vacilaba en dar una nota discordante en el concierto de sus amigos.

Las mismas razones que tranquilizaban á los ministros se imponían á la Cámara. En el Palacio Borbón, Palikao se había hecho heraldo de las informaciones sensacionales: un día (el 17 de agosto) anunciaba que el enemigo había dejado en el ataque de Phalsburgo de mil doscientos á mil quinientos hombres sobre el campo de batalla; al día siguiente, decía «que los *coraceros blancos* del Sr. de Bismarck habían sido totalmente destruídos;» dos días después comunicaba, «apoyándose en informes que parecían fidedignos,» que tres cuerpos de ejército habían sido arrojados á las canteras de Jaumont; y el 22 de agosto se expresaba en estos términos: «He recibido buenas noticias del mariscal Bazaine; no puedo decirnos cuáles, pero son buenas.» Aun descontada la parte de jactancia, ¿quién no hubiera creído que el hombre que de tal suerte hablaba tenía grandes motivos para esperar? La mayoría se había acostumbrado á contar con Palikao como la minoría con el «glorioso Bazaine.» En los días 23, 24 y 25 el ministro se había callado y aquel silencio había llevado gran turbación á los ánimos. Al mismo tiempo los diputados mejor informados habían tenido noticia de la marcha de Mac-Mahón al encuentro de Bazaine; la empresa había parecido muy atrevida, y Thiers, de quien hacían gran caso sus colegas, tenía un desastre. Pero fuesen cuales fueren las alarmas, no conseguían borrar las palabras del ministro de la Guerra; además, la retirada á París tenía la apariencia de fuga, y defendiéndola demasiado abiertamente, los diputados, ansiosos de mostrarse atrevidos precisamente porque eran tímidos, habrían temido parecer miedosos.

Sólo un hombre en las esferas oficiales tenía para contradecir á Palikao la autoridad de la categoría, de la competencia y de los conocimientos: este hombre era el general Trochu; pero como todo conspiraba para interceptar los consejos de la prudencia, aquel contradictor había de ser repudiado como sospechoso.

El día 18 de agosto, el general Trochu, nombrado gobernador de París, se había instalado en el Louvre, á pesar de la regente, de sus consejeros y del ministro de la Guerra; en este estado de tensión los menores incidentes habían de encontrarse, y los incidentes no habían faltado. El 19 de agosto, el general, en una carta dirigida á *Le Temps* (1), había manifestado la resolución de no apoyarse, en sus relaciones con el pueblo de París, más que en la *fuerza moral*, y este lenguaje, inusitado en un militar, había sido considerado como una lisonja para la oposición. Cuando los guardias móviles regresaron á la capital, el gobernador les había dirigido una proclama que consagraba ó parecía consagrar su derecho de no salir de París; é inmediatamente se había dicho en el ministerio y entre los amigos de la emperatriz que Trochu, por condescendencia, por adulación ó por relajamiento de la disciplina, aspiraba á formarse

(1) Véase *Le Temps*, 20 de agosto de 1870.

una guardia pretoriana. En esto, una ley decretó el armamento de toda la guardia nacional sedentaria; la oficialidad de los nuevos batallones había de nombrarse por sufragio, pero los oficiales de los batallones antiguos, nombrados en otro tiempo por el poder ejecutivo, ¿conservarían sus grados ó se despojarían de ellos para someterse también á la votación? Trochu, á quien se había consultado, habíase declarado partidario de un cambio general por elección y de aquí había nacido un nuevo desacuerdo entre él y el gobierno. El general, en largas y brillantes conversaciones que solían convertirse



La Tour d'Auvergne

en arengas, defendía con pasión comunicativa y apasionada la necesidad, la urgente necesidad de una concentración general en París, y esta opinión la había expuesto y seguiría exponiéndola sobre todo en los días siguientes ante el consejo de defensa. Por desgracia, estos conceptos, con los que se mezclaban críticas retrospectivas, eran repetidos con todas las ampliaciones de la malevolencia y todas las alteraciones de la desconfianza; y los que figuraban en las regiones gubernamentales creían dar muestras de prudencia, de talento y de fidelidad á la dinastía haciendo lo contrario de lo que aconsejaba Trochu. De manera que el plan de Palikao, lejos de desacreditarse, debía fortalecerse con la oposición de aquel á quien se consideraba como un disolvente para el gabinete, como un enemigo para la emperatriz y como un adversario para el mismo Imperio.

El día 27 había transcurrido, como el anterior, en medio de una gran ansiedad. Durante el mismo se habían recibido pocas noticias y aun éstas de un laconismo inquietante; los despachos, no de origen alemán, sino los comunicados por el ministro del Interior, decían que algunas tropas enemigas parecían dirigirse á Va-